

Holy Office's profound interest in diverse and 'new speculations' about sex, reproduction, and their moral and societal implications.

Every chapter functions independently, with its own references and a concise bibliography. Considering the interconnected nature of the addressed topics, this approach precludes the inclusion of a comprehensive bibliography of the entire monograph, along with a conclusive overview detailing the primary findings of the investigation and retracing the core themes and their interconnections. I would have appreciated the inclusion of a similar comprehensive list of the archives and primary sources employed, offering the reader a centralized reference point. In interpreting the complex intertwining of the Catholic Church's engagement with evolving sexual knowledge, Pozzi's volume not only challenges prevailing perspectives of sexual science, but also lays bare a refined historical trajectory. This publication establishes a crucial foundation for scholars and historians confronting the knotty relationship between the Catholic Church and issues related to sexuality and the human body. It is equally valuable for those interested in exploring the gendered history of reproductive bodies and investigating the intersection of scientific constructs on reproduction with institutional regulations, to which the Catholic Church has historically contributed, notably in shaping perspectives on feminized bodies and reproductive practices. Persisting in contemporary echoes and in present-day perceptions and theorizations, Pozzi's monograph stands as an essential resource for anyone engaging with these complex histories.

Elsa Usai

Universidad de Granada

ORCID: 0009-0002-4260-7735

Antonio Diéguez. La ciencia en cuestión. Disenso, negación y objetividad. Herder: Barcelona; 2024, 208 pp. ISBN 978-84-254-5076-1. 19,80 €

La pandemia de la COVID-19 ha acelerado procesos sociales y generado otros nuevos. También ha puesto las actividades tecnocientíficas en la mirada del público general y dirigentes políticos. Los que, como el autor de este libro, se dedican a las tareas metacientíficas, esto es, a pensar sobre la ciencia, han tenido oportunidad de ejercer como filósofos en un sentido que aúna el académico y

el mundano; y han podido desplegar la crítica racional acerca de nuestras producciones culturales y nuestras formas de vivir. Naturalmente, lo han hecho con fortuna desigual. Esta obra es el resultado de un ejercicio de esas características desde una propuesta de filosofía de la ciencia original, pero nutrida de la mejor tradición en la materia. Y a nuestro juicio, el resultado es encomiable.

La irracionalidad en el peor sentido del término siempre logra abrirse camino y, aunque la labor de la filosofía (y de la filosofía de la ciencia) sea siempre algo problemático, parece irrenunciable que dicha tarea se enfrasque en trabajos de desenmascaramiento en salvaguarda de la racionalidad. Para lo cual, no hace falta asumir una racionalidad sin fisuras o una Verdad con mayúsculas. El propio texto problematiza el concepto de verdad y sus relaciones con las actividades cognitivas. Aceptemos que debemos asumir incertidumbres, que el “Método” (si existe...) no es una cosa monolítica y debería caracterizar nuestro conocimiento desde su falibilidad y necesidad de revisión constante. Esto tendría que animar nuestros proyectos de crítica racional y no invitar a echarse en brazos de cualquier posición salvífica, irracionalista o paranoide, como las promovidas por los que han hecho mal la digestión de la llamada posmodernidad o directamente invocan idearios pseudocientíficos y hacen proliferar conspiraciones estériles heurísticamente, pero posiblemente útiles políticamente. Y el rendimiento político de esos lodos sabrá ser obtenido desde todos los puntos del borroso espectro político cuando se asumen estilos maniqueos, populistas y orientados a la polarización.

El texto revisita tópicos de la filosofía de la ciencia contemporánea y el lector culto encontrará en su periplo una presentación actualizada de los principales problemas epistemológicos (en un sentido amplio). Por su parte, el especialista hallará las propuestas de un experto en la materia que asume con coraje un replanteamiento crítico de tópicos del área de la filosofía de la ciencia y las principales líneas en que han sido abordados. Ambos tipos de lector se encontrarán con la grata sorpresa de que no se trata de una mera descripción académica, sino que se realizan reajustes a las realidades contemporáneas y se tienden puentes entre posiciones que tradicionalmente se han presentado como enconadas.

Para ello, Diéguez parte de una caracterización de la filosofía de la ciencia que es flexible y generosa a lo hora de incluir las principales líneas de trabajo que a veces han operado sin demasiado interés en confluir. Para el autor, “la filosofía de la ciencia es la reflexión sobre los aspectos lógicos, metodológicos, axiológicos, ontológicos, institucionales y prácticos de la ciencia” (p. 21). Semejante pronunciamiento resulta sumamente satisfactorio para aquellos que buscamos aunar los esfuerzos del pensamiento sobre el pensamiento científico con

profundidad y amplitud. Dicha prospección a lo ancho y a lo hondo es efectuada sin soslayar la existencia de debates clásicos que se reactualizan con la historia externa e interna de la ciencia y la tecnología más reciente y en la que se hace una defensa prudente y sagaz del naturalismo metodológico, salvándolo en primer lugar de los intentos de rescatar el sobrenaturalismo. No hay que dudar de la necesidad de respetar la libertad religiosa, pero no parece hacer ningún buen servicio a nadie (para empezar, a los mismos creyentes) conducirlos hacia una concepción de la ciencia que invita más bien a no hacer ciencia. Seguro que hay vías mucho más amables y menos falaces de invitar a replantearse el problema fe y razón y, previsiblemente, no pasarán por meterlas en una olla a presión.

La caracterización de la ciencia que se analiza en los diferentes capítulos huye tanto de una idealización y sus versiones ingenuas o “de bolsillo”, como —por supuesto— de los proyectos declaradamente anticientíficos que han recobrado fuerza tras las convulsiones sociopolíticas pandémicas y post-pandémicas. La expansión sin precedentes de las tecnologías de la información y la comunicación ha servido de revulsivo mediático a esta situación crítica. En cuestiones tecnológicas de la información, decir “sin precedentes” pudiera resultar quizá una expresión redundante; pero la velocidad y cantidad de información, el alcance de la misma, así como la búsqueda de efectismo y cortoplacismo, han visto cómo cualquier usuario de esas tecnologías se convertía en receptor, emisor o propagador de toda suerte de planteamientos pseudocientíficos, cuando no directamente delirantes. El ambiente de batallas culturales no contribuye al juicio sosegado que debería asumir la filosofía. Y dichos “dimes y diretes” pseudo-epistémicos han medrado por la disyunción no exclusiva entre la irresponsabilidad cercana a lo temerario y una acusada falta de honestidad.

En el inicio, el autor delimita el concepto de ciencia y, tras ampliar estas cuestiones, en el tercer capítulo, levanta acta de la persistencia de adeptos al irracionalismo en un estilo amplio y polifacético. Diéguez lo señala y lo desbida con la mirada detenida del que hace filosofía. Asimismo, la revisión de la demarcación científica asume las grandes teorías de la ciencia contemporáneas con mirada crítica y mediadora, promoviendo un realismo bien temperado que, combinado con el mencionado naturalismo metodológico, le permite manejarse con soltura frente a los excesos de los constructivismos sociales. El hecho de que estemos hablando de un producto cultural (la ciencia) y de que asumamos su falibilidad y potencial mejoramiento no resta un ápice a la asunción de que es el mejor conocimiento disponible (si no el único, según queramos acotar el concepto). Y lo es, y resulta fiable, aunque se genere de forma social, sin perjuicio de debilitar estratégicamente y al mismo tiempo fortalecer efectivamente, la noción

de ciencia, al ceder desde lo “verdadero” a lo “aproximadamente verdadero”. La atención a los problemas con que se encuentran científicas y científicos en sus tareas cotidianas y extraordinarias no debilita en absoluto a la ciencia.

En la exposición de lo referido arriba, Diéguez se nos antoja un pontífice, algo paradójico frente el sentido religioso de un término que evoca infalibilidad (aunque bajo esto hay mucho más tinglado), pero cuando lo que hace un catedrático de la Universidad de Málaga es tener puentes entre diferentes sectores metacientíficos. El autor propone una filosofía de la ciencia cabal, informada, que no renuncia a asumir la complejidad de los debates y que asume posiciones ontológicas y metodológicas que quedan bien justificadas y que ni se permiten la especulación (¿filosófica?) ni sucumben a los proyectos de naturalización de la filosofía de la ciencia que pretenden reducirla a una amalgama de ciencias culturales y psicológicas. Según la descripción de “la filosofía de la ciencia” dada por el autor, estas naturalizaciones no agotarían los problemas genuinamente filosóficos y, como saberes científicos, generarían nuevos problemas del tipo de los que trata la filosofía,

Para finalizar, Diéguez plantea las cuestiones asociadas a los límites del conocimiento. El texto brilla de nuevo aquí, combinando toda la amplitud de la propuesta de una filosofía de la ciencia que es consciente de que las labores tecnocientíficas están encarnadas socioculturalmente y vinculadas con valores, otras prácticas e intereses y problemas filosóficos más generales, entre los que –nos va la humanidad en ello– pueden tener especial relevancia las consideraciones prácticas de orientación ética.

Consideramos que el libro será de aprovechamiento para un público plural, como los enfoques que asume con buen criterio el autor. Algunos aprenderán ciencia y filosofía de la ciencia, y otros podrán reiterar (volver a caminar) sendas teóricas y metateóricas que ya conocían, pero con un compañero que les propone diferentes horizontes y un pasear bien fecundo, con ganas de volver más veces.

Francisco Molina Artaloytia

UNED. Centro Asociado de Mérida

ORCID: 0000-0001-9194-8451